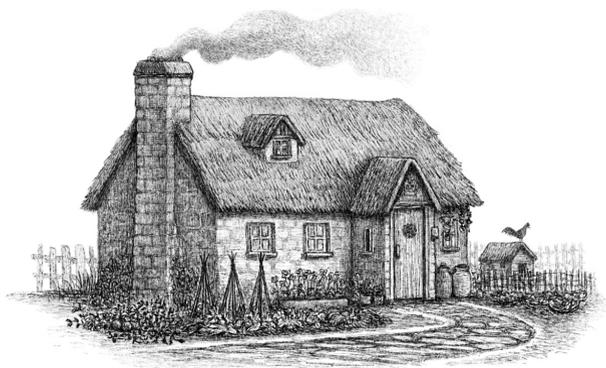


KATHERINE APPLGATE

WILLODEEN

Ilustraciones de Charles Santoso



Traducción de Mercedes Guhl

GRANTRAVESÍA

WILLODEEN

Título original: *Willodeen*

Texto: © 2021, Katherine Applegate

Ilustraciones: © 2021, Charles Santoso

Publicado por Feiwel & Friends, según acuerdo con Pippin Properties, Inc., a través de Rights People, London

Traducción: Mercedes Guhl

Ilustraciones de portada: © 2021, Charles Santoso

Diseño de portada: Rich Deas y Kathleen Breitenfeld

D.R. © 2021, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

www.oceano.com

www.grantravesia.es

D.R. © 2022, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición: 2022

ISBN: 978-84-123655-5-9

Depósito legal: B 20742-2021

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005597010122



A la madre tierra.
Gracias por soportarnos.

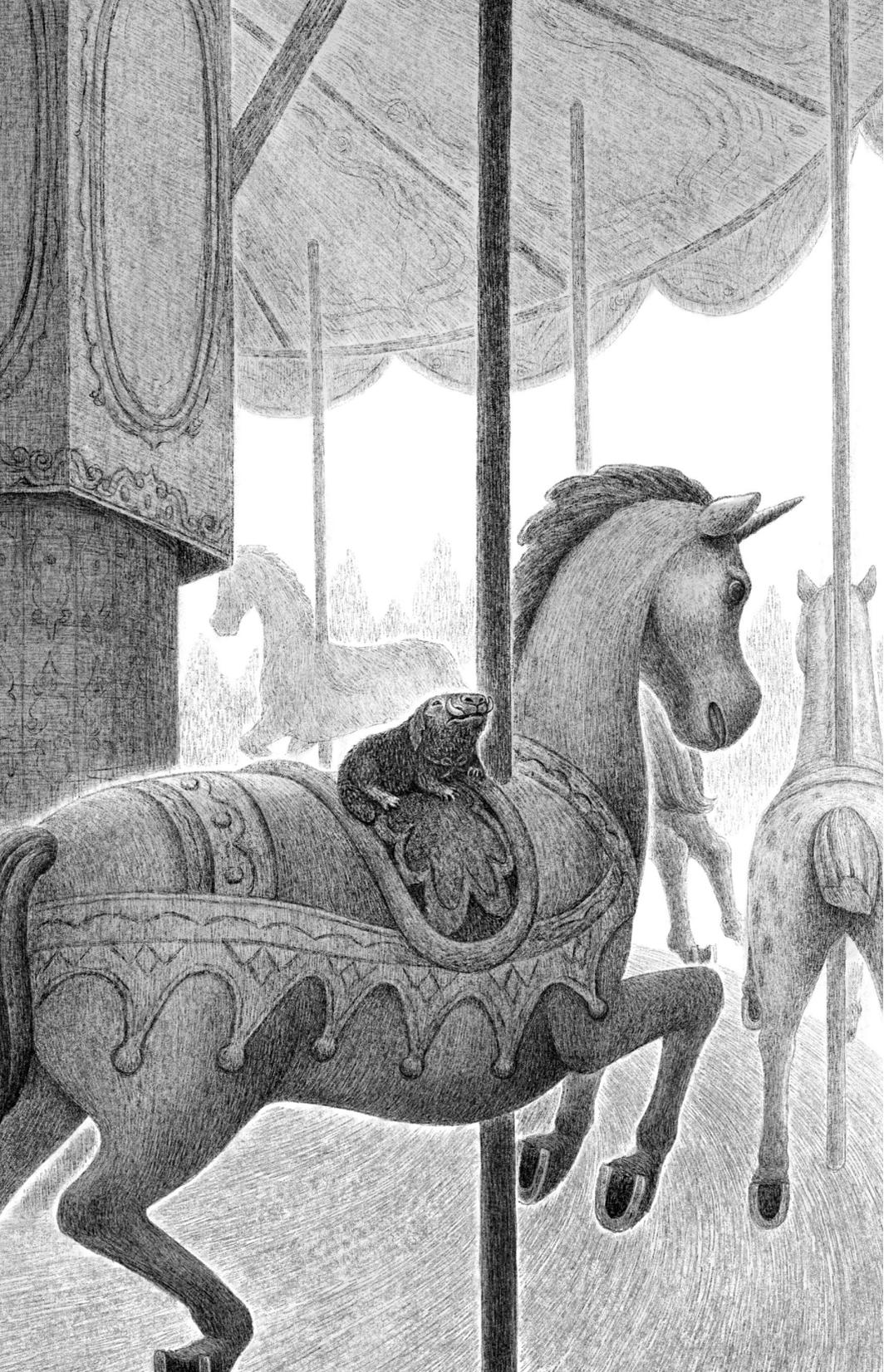




He aprendido que nunca eres demasiado pequeño
para marcar la diferencia.

Greta Thunberg





PRIMERA PARTE



La pequeña criatura aparece al final de una tarde cualquiera en el viejo carrusel del pueblo de Siacaso.

Está mareada y húmeda, como recién nacida, apoyada en la silla de montar sobre el lomo de un unicornio de madera.

Parpadea, luego parpadea varias veces más.

Hace un ruidito, entre chillido y gruñido.

El aire entra y sale de su cuerpo en jadeos y suspiros. Sus peludas patas se mueven cuando ella lo decide. Puede volver la cabeza a un lado y a otro.

Parece estar en perfectas condiciones.

Pero ¿dónde se encuentra? Y, más importante, ¿por qué está ahí?

Golpetea el cuello de su inerte montura. Tal vez tenga que esperar ahí. Sí. Eso es lo mejor que puede hacer, en las circunstancias en las que se encuentra. Todavía no se conoce bien. Pero parece ser del tipo

paciente. Y la paciencia, sospecha, puede resultarle útil, e incluso servirle para salvar su vida.

La criatura tiene un creador, un niño de dedos hábiles y corazón sensible. Pasó horas entretrejiendo tallos y cardos bajo la lechosa luz de la luna para darle vida.

También tiene una amiga, una niña de mirada aguda y alma perseverante. Y a pesar de su corta edad, la niña entiende cosas que los demás no logran comprender.

La criatura que está en la silla del unicornio de madera no sabe nada de eso, aún no.

Lo que sí sabe, de repente y con total certeza, es que está viva, definitivamente, y que está sola, definitivamente sola.



CAPÍTULO

Uno

Hace mucho tiempo, cuando las piedras no eran duras aún, sino blandas, y las estrellas no eran más que puñados de polvo, quise a un monstruo.

Parece que hubiera sido hace toda una eternidad, y tal vez así es, porque las cosas eran muy muy diferentes. Es cierto también que en esos tiempos la magia era benéfica y delicada, y estaba en todas partes. Pero sigue ahí siempre, si uno sabe dónde buscar. Al fin y al cabo, la luna sigue sonriendo de vez en cuando, y el mundo sigue girando como una bailarina en el firmamento.

De cualquier forma, no importa mucho cuándo y dónde sucedió todo.

La tierra es vieja y nosotros no, y eso no lo debemos olvidar.



CAPÍTULO

Dos

Supongo que siempre me han gustado los bichos raros. Incluso cuando era muy pequeñita, me atraían.

Cuanto más aterradores, apuestos o feos, mejor.

Pero claro que me gustaban todas las criaturas que hay sobre la faz de la tierra... pájaros y murciélagos, sapos y gatos, los viscosos tanto como los escamosos, los nobles y también los humildes.

Pero me gustaban en especial los que nadie quería. Esos que el resto de la gente llamaba plagas, alimañas o incluso monstruos.

Mis preferidos eran conocidos como chilladores. Chillaban en las noches como gallos enloquecidos, por razones que nadie conseguía averiguar.

Eran malhumorados, como bebés cansados, y descuidados, como cerdos hambrientos.

Si uno molestaba a un chillador, azotaba su enorme cola y soltaba un hedor tan feroz como el de una letrina en el calor del mes de agosto.

Y los chilladores casi siempre estaban molestos.

Es lo que sucede cuando uno no hace sino recibir flechazos de las personas.

Los chilladores tenían dientes afilados como agujas, garras temibles, un par de ojos verdiamarillos, dos colmillos que se curvaban casi en espiral, y babeaban más que un perro a la hora de comer. No eran grandes. Supongo que uno diría que eran del tamaño de un oseznó. Su pelaje hirsuto era de color ciruela, y su cola parecía un montón de barras de avena quemadas y cubiertas de púas.

Yo era la primera en reconocer que los chilladores no eran precisamente bonitos, pero sentía cierta debilidad por ellos.

No sé por qué. A lo mejor yo sabía un par de cosas sobre lo que es formar parte del bando de los despreciados. Tal vez lo que pasaba es que el mundo entero iba en una dirección, y esa parte de mí que siempre llevaba la contraria empezaba a gritar: «Para el otro lado, Willodeen».

Uno siempre debe estar del lado de los desvalidos, de los despreciados, ¿o no? Y a mí me parecía que los chilladores siempre habían sido los que se llevaban la peor parte en los planes de la naturaleza.

Claro, ponerse del lado de cachorritos preciosos hubiera sido mucho más sencillo.

En fin, así estaban las cosas.

Se necesitaría a alguien mucho más inteligente que yo para explicar por qué queremos a quien queremos.



CAPÍTULO

Tres

Vi mis primeros chilladores a los seis años. Estaba recogiendo zarzambuesas con papá. Y debía haber estado en la escuela, en realidad. Pero mi madre y mi padre se habían dado cuenta desde hacía mucho de que yo estaba más contenta por mi cuenta. Había tratado de asistir a las clases unas cuantas veces, pero siempre me sentía torpe e insegura entre los demás niños, y ellos parecían sentirse igual junto a mí.

No encontramos ni una sola fruta. No había llovido en mucho tiempo, y los arbustos se veían mustios y resecos. Estábamos a punto de darnos por vencidos cuando papá susurró:

—¡Willodeen!

Seguí su mirada. Y allí estaba ella, una chilladora echada junto a un árbol caído, con un amasijo de cinco bebés llorones que se retorcían a su lado.

En ese momento, nos vio. Azotó su cola contra el suelo, con toda la fuerza que tenía.

Yo ya sabía lo que venía después. Mi padre me lo había advertido.

Es difícil describir ese olor hediondo. Hay que imaginarse cien huevos podridos y luego agregar unas cucharadas de pescados muertos y una pizca de peste de mofeta, y ya empieza uno a acercarse a lo que es en realidad.

—No es su culpa —dijo papá, tosiendo y resoplando—. Se sobresaltan con facilidad, los pobrecitos. Y la gente siempre los está molestando e incomodando.

—¿Por qué? —pregunté mientras me limpiaba las lágrimas que hacían que me ardieran los ojos.

—Insisten en que se comen el ganado. Que les matan a las mascotas y acaban con las aves salvajes, pero no hay ni una palabra cierta en todo eso. Los he visto comer insectos y escarabajos. Se alimentan de caracoles irisados, larvas y gusanos —papá se frotó los ojos—. Claro que está el asunto de este olor apestoso. Hay quienes dicen que ahuyenta a los turistas —rio—, y tal vez eso sí sea cierto.

Nos alejamos lentamente del nido, sin hacer ruido, asfixiándonos con el olor apestoso. Mi padre sonrió en medio de todo eso.

—Esa chilladora está haciendo justo lo que se supone que debe hacer, mi niña —me dijo—. Está cui-

dando a los suyos lo mejor que puede. Como todos nosotros, madres y padres.

Y uno hubiera pensado que en ese momento nos iríamos, apestando y todo. Pero papá señaló una gran piedra cercana, y allí fuimos a sentarnos. Parecía que estábamos a suficiente distancia como para no incomodar a la mamá chilladora.

A mi padre le gustaban todas las criaturas, igual que a mí, y supongo que por eso teníamos tantas en los recovecos de nuestra casa y en el patio: cabras y liebres trepadoras, pollos y dibipatos, una pavarreal y una nutria de río ancianísima, tanto que ya no podía nadar. Nuestra eterna compañía de perros y gatos había aprendido desde hacía mucho que el resto de los residentes no eran sus presas.

—¿Ves con cuánta delicadeza los trata? —dijo papá, mirando a la chilladora acurrucarse con toda su camada.

—Los oigo a veces, de noche —comenté—. Me pregunto por qué hacen ese ruido, como aullidos chillones y estridentes.

—Nadie sabe la razón —contestó él—. A lo mejor son como los coyotes y los lobos... que simplemente deciden cantarle a las estrellas.

—Tal vez —sopesé la posibilidad—. Lástima que no puedan cantar más entonados.

Mi padre sonrió.

—La naturaleza es más sabia que nosotros, Willo-deen, y probablemente nunca deje de ser así.

La mamá chilladora acarició a una de sus crías con el hocico.

—Quisiera que la gente no los odiara tanto —dije—. Ellos estaban aquí primero que nosotros, ¿verdad? No tiene ninguna lógica que los tratemos así.

Papá soltó un suspiro, cosa que casi nunca hacía, y me sorprendió.

—Si esperas que los humanos actúen de manera lógica, bien puede ser que valga la pena que te sientes, porque pasará mucho tiempo antes de que lo hagan —dijo.